

Concepto de una Historia Sagrada

El profetismo que guerrea con Achab, que triunfa con Jehú rodeado de oscuridades, es en resumen el acontecimiento más decisivo de la historia de Israel. Es el principio de la cadena que a los novecientos años tendrá a Jesús como último eslabón. Elías y Eliseo pertenecen por completo a la leyenda. De ellos solamente se sabe que fueron grandes. El jehovahismo, que en Jerusalén no era más que un culto, llega a ser en las escuelas de los profetas del Norte un fermento religioso de gran poder. Del profetismo del Norte no ha surgido únicamente Elías, sino también Moisés; la Historia sagrada, el primer rudimento de la *Thora*, ha sido por lo tanto el punto de partida del judaísmo y del cristianismo.

Los profetas del siglo IX, a pesar de sus confusas pasiones, merecen ocupar uno de los primeros lugares en la historia del progreso humano. Estaban a un paso de afirmar que sólo Jehová es Dios. En lugar de tener, como todos los pueblos, un dios nacional, Israel se convertía así en el elegido de Dios, el pueblo único. Los profetas aparecían como los guías espirituales de Israel. El primero era aquel Moisés que sacó de Egipto al pueblo. El primer autor de la alianza entre el pueblo y Dios era aque!

Abraham, salido de las fábulas babilónicas, que aparecía a lo lejos como el padre de la civilización.

La crisis motivada por la escuela profética en tiempo de Achab y Jonán había dado a los problemas religiosos extraordinario relieve. Se poseían los libros de leyendas patriarcales y hebraicas, redactados cien años antes, pero estos libros no tenían un carácter puramente religioso. Eran recopilaciones de anécdotas y cantos populares, pero no el libro sagrado del que un pueblo hace su tabernáculo y su vida. Se sentía la necesidad de un libro que contuviera el dogma fundamental de la religión. Este dogma en Israel era totalmente histórico: era la exposición de las fases sucesivas del pacto de Jehová con su pueblo. Urgía redactar en un cuerpo único los elementos de historia que se poseían o se creían poseer.

Gran cantidad de elementos de tradición oral flotaban junto a escasos documentos escritos. Parece que el libro antiguo nada decía de la creación ni de la aparición de la humanidad. Todo lo que se refería a Moisés carecía de redacción seguida.

Lo más necesario en los libros de historia, escritos antes de aquella época, eran las prescripciones religiosas y morales. Una idea dominante en las escuelas de profetas, era la de que Jehová impone a sus fieles ciertas leyes y prescripciones. Formábase un pequeño Código, que era como la condición del pacto entre el dios y su pueblo. Junto a los hechos de historia religiosa que demostrarían que Israel tenía un compromiso especial con Jehová, existían las leyes que se suponían impuestas por él al pueblo.

Como consecuencia de todo esto surgió un relato sagrado cuyas líneas esenciales son las siguientes:

Jehová creó el cielo, la tierra, y los hombres, gigantes que vivían ochocientos o novecientos años, y cuya civilización fue más mala que buena, por lo cual la barrió el diluvio. Noé, salvado de las aguas, renueva la humanidad con sus tres hijos Sem, Cani y Jafet. Sem es el tronco de los elegidos y con su descendiente Abraham firma Dios un pacto de alianza perpetua. Su hijo y su nieto, Isaac y Jacob, andan errantes por Canaán, y Dios les promete que la poseerán, renovando el pacto con ellos. José manda a sus hermanos a Egipto, donde llegan a verse esclavos. Jehová los libera con el gran profeta Moisés que los lleva al Sinaí, donde Jehová renueva su pacto con ellos. Josué conquista la tierra de promisión y la reparte entre los israelitas.

De este modo se contaba, con variantes muy considerables, en Israel y en Judá. El arreglo de las genealogías antediluvianas no era el mismo en las dos tradiciones. Hubo, por lo menos, dos Noé; uno, el hombre virtuoso; otro, el que plantó la viña. Las aventuras atribuidas a Abraham a veces se referían a Isaac o a Jacob, y recíprocamente. Los relatos sobre Moisés diferían mucho. Lo único uniforme era lo relacionado con el diluvio.

Nunca se conocerán las condiciones en que fue compuesta esta historia, sagrada y natural a un tiempo. Lo único que se puede afirmar es que se redactó por dos lados, sin que los redactores conocieran mutuamente

sus trabajos. Por muchas causas podemos creer que hubo otras redacciones, fundidas más adelante con las dos primeras. Lo mismo ocurrió con los Evangelios, con la considerable diferencia de que éstos nunca han llegado a la unidad.